

1.ª España, Madrid, 25 setiembre 1920)

6.310<sup>1</sup>



# CIUDADES ESPAÑOLAS B I L B A O

## BILBAO Y LA NUEVA POLÍTICA

por

Miguel de Unamuno.

**B**ILBAO es acaso el lugar—villa y no ciudad—de España que más crece hacia dentro de sí mismo, es decir, que más se espesa, más se concentra y a la vez se transforma más. Dentro de poco empezarán a surgir y elevarse en él rascacielos. El hado geográfico, encerrándole entre dos cordilleras, en una valla estrecha, a la gine-ta sobre una vía empretillada—hoy un canal,—le ha trazado el cauce de su alma. La villa tiene que concentrarse, y al concentrarse le obliga luego a expansionarse, pero se expansiona como un proyectil que se lanza. La acción de Bilbao sobre el resto de España, hoy reducida todavía al campo de la industria, del comercio y de los negocios, es una acción de proyectil. O de turbina. Y quiero creer que todos sus hijos, todos los hijos de la villa del Nervión, todos los que hemos fraguado nuestras almas sobre el reflejo metálico de las aguas de aquella ría, vista desde los puentes, llevamos también en lo hondo del pecho la *proyectilidad* de nuestro Bilbao. Y no menos los que tuvimos que salir de ella, los que fuimos disparados por ella, y ejercemos en otras tierras, su ministerio. Conservádonos, tal vez, más fieles a su espíritu y a su tradición.

¡La tradición de Bilbao! Porque Bilbao, como todo lo que tiene de verdad historia—otro diría como todo lo que progresa—tiene una fuerte, una fuertísima tradición,

y un tipo fundamental que se transforma, pero no se altera. Sin que importe, ¡claro está!, que repetidos y copiosos aluviones de gentes forasteras, de inmigrantes, vayan envolviendo y, al parecer, ahogando al núcleo tradicional y típico. Porque éste, que es lo orgánico y lo organizado, los domina, los absorbe, se los asimila y los transforma. Y hace de los dos una sola casta. Y alza cada vez más su copa al cielo buscando luz sobre las montañas, y hunde cada vez más su raigambre en el suelo, buscando hierro bajo el arcilloso mantillo de la tierra, el alma inmortal de la Villa de los mercaderes, de las Ordenanzas y de los ferrones que llevaron el nombre de Bilbao—transformado en nombre común *bilboe*, de un utensilio férreo y de presa—a las bocas de criaturas de Shakespeare.

Mientras se agitan en convulsiones histéricas, acaso epilépticas, otros lugares grandes de España—Barcelona, Valencia, Zaragoza...—sacudidos por la revulsión sindicalista, ¿no observáis el carácter macizo, orgánico, de obra de fragua, que la lucha económico social toma en Bilbao? Bilbao tiene hoy un alcalde socialista, y en Bilbao hoy, como siempre, el gobernador civil, el representante del poder central—que no sabe concentrar nada—apenas si cuenta. Allí no cabría uno de esos desaforados jaques que van a provocar, según dicen, a la fiera, a citarle a la





suerte de espada. El toreo gubernativo sería allí inútil.

Espero para España y, por lo tanto, para la historia y para la humanidad, mucho todavía de mi madre Bilbao. En este abrumado alud de materialismo histórico, en esta exacerbación del Negocio que está ahogando a la política—y la política es la civilización—toma en Bilbao el movimiento con cierto sentido poético, es decir: creativo, una idealidad. Allí hay ya muchos, los más fuertes, los más bilbaínos, que aspiran no a gozar de la riqueza, sino a crearla. O si se quiere, gozar creándola. Porque el bilbaíno, digan lo que quieran los que por ser incapaces de comprenderlo le calumnian, goza creando más que consumiendo. Y si consume — ¡es inevitable! — es ante todo para crear.

El materialismo filosófico, al que los incomprensivos le motejan de grosero, se ha depurado y afinado en el más exquisito idealismo, ya que la materia no es para nosotros nada menos que una idea—y una idea pura, purísima—y del materialismo histórico, profesado e interpretado hoy por la concupiscencia famélica de consumidores no satisfechos, saldrá una fuerte doctrina, con su disciplina consiguiente, de creadores, de productores. El materialismo histórico es hoy entendido, sentido e interpretado como si el fin de la riqueza fuese el de ser gozada, pero llegará a ser entendido, sentido e interpretado como si el fin de la riqueza fuese su creación, el de ser creada. Que el hombre civil ha nacido para crear y gozarse creando. Y este alto sentido, que dará su nueva política a la civilización, tendrá en España como hogar, o mejor como alto horno, si alguno tiene, a la villa del Nervión, a nuestra madre Bilbao. Y volverá a ser invicta.

El creador podrá hacerse orgulloso, pero jamás sórdido como el consumidor, como el gozador de lo que encontró creado.

Quiero endulzar mi pesimismo soñando que de ese mi Bilbao salga la idealización del actual materialismo histórico y con ella la nueva política.

